

Vittoria Borsò

**Paradojas del *nation-building* en la genealogía
de la “literatura nacional” mexicana:
Ignacio M. Altamirano y Juan A. Mateos**

Ganaron en apariencia los partidarios de la federación; no obstante, en realidad, México siguió siendo un Estado centralista y patrimonialista: no tuvimos reyes sino caudillos y dictadores constitucionales que llamamos presidentes. Así, la guerra de Independencia y sus secuelas –las guerras civiles, los caudillos militares, la invasión norteamericana, la intervención francesa y el fusilamiento de Maximiliano– acabaron para siempre con los sueños criollos de un Imperio mexicano pero no cambiaron la realidad profunda de nuestro país (Paz 1987a: 167).

1. Preliminares

En las crisis genealógicas que acompañan la constitución del Estado mexicano, las interferencias foráneas en el campo político y la presión que ejercen tanto los Estados Unidos como las potencias europeas refuerzan la desintegración de la unidad criolla, ya frágil si atendemos a las personalidades heterogéneas que la componían. Líderes militares y caudillos surgidos de las guerras de la Independencia van poco a poco construyendo la nación (König 1998: 25). Dicha desintegración abarca, por tanto, los ideales liberales aportados a menudo por los propios próceres de la Independencia y la Reforma: Antonio López de Santa Anna y Benito Juárez. Muy pronto el enfrentamiento entre tradicionalistas europeizantes y liberales americanistas desembocará en la guerra civil de 1858 a 1861, a la que siguen las guerras contra la intervención francesa de 1862, el llamamiento para la regencia de Maximiliano de Habsburgo el 3 octubre de 1863, su fusilamiento en el Cerro de las Campanas en 1867 y finalmente la victoria de la República de Juárez.

En este escenario se evidencian las aporías intrínsecas a la nación emergente. De hecho, los liberales que celebran el “triunfo de la República” y la exaltación romántica de la nación son, en sus fundamentos ideológicos, extremadamente ambivalentes, pese a su política libe-

ral (Cosío Villegas 1973: 301).¹ México es, pues, un laboratorio que permite reflexionar de manera más general sobre los problemas que plantean conceptos como los de “identidad”, “nación” y “comunidad”, conceptos clave del *nation-building*.

2. *Nation-building* en México

Las ciencias políticas entienden por *nation-building* los procesos históricos que fundan las unidades nacionales. En clave política, dicho concepto se aplicó a la política del “desarrollo” formulada por el “Primer Mundo” en la búsqueda de herramientas pragmáticas para la constitución de unidades sinérgicas, supranacionales (Deutsch/Foltz 1963). El telón de fondo de dicho concepto es, pues, la teoría de la modernización. Ahora bien, el *nation-building* tiene que ver con: a) la fundación y establecimiento de una unidad territorial excluyente, a la que corresponde b) una identidad, es decir, un ideario simbólico que distingue lo propio de lo ajeno, c) un grupo cultural homogéneo, fundado en una historia y una memoria comunes, d) la tarea general de modernización política (hacia la democracia), económica y social (desarrollo urbano e industrialización). En fin, el *nation-building* es un proyecto de *national development*, el plan arquitectónico, eurocéntrico, que en política se sigue aplicando al llamado “Tercer Mundo”.²

La crítica postcolonial —obviamente necesaria— llevada a cabo por Eric J. Hobsbawm (1991) y Benedict Anderson (2005) con respecto a la invención de comunidades nacionales nos permite poner en tela de juicio las prácticas materiales del *nation-building* y las demandas a las

-
- 1 Con la “República Restaurada” parecen cumplirse los ideales de la Independencia. De hecho, el triunfo de la República, consumado en 1867, ocurrido por tanto 46 años después del nacimiento del Estado libre en 1821, fue denominado por Benito Juárez como “la segunda Independencia” (Juárez [1867] 1973: 531-534).
 - 2 El concepto de *nation-building* se aplica a “Estados en vías de desarrollo” (Nohlen 1980: 258-259). A ellos se les requiere, por parte de las Naciones Unidas, la tarea de acompañarse con las naciones occidentales (de acuerdo, p.ej., con Hosiner 2003: 15). En base a la teoría de la dependencia, tanto los estudios culturales como los políticos en América Latina rechazan dicha posición. Cardoso/Faletto (1968) proponen no solamente el concepto de heterogeneidad, sino también el de interdependencia, abandonando así la argumentación monocausal, habitual en las teorías sociopolíticas de la modernización, que ven la causa del subdesarrollo unilateralmente en factores o bien endógenos, o bien en la explotación por parte de los países industriales.

que se enfrentaron los arquitectos de las naciones en el siglo XIX. El incipiente Estado mexicano en 1867 con la nueva República de Juárez es un caso peculiar. Los escritores de la Reforma liberal tuvieron la tarea de fundar el edificio, buscar la definición del territorio, de sus símbolos históricos y de sus comunidades sociales en medio de profundos antagonismos y acerbos disyuntivos. “A los liberales urge unificar versiones” (Monsiváis 2000a: 22). La unificación de lo heterogéneo fue, pues, tarea de la historia escrita y de la Historia visualmente imborrable, hecha por “la proliferación de estatuas y monumentos que a diario le ratifican a los vencidos [...] la estatura mítica de los vencedores” (Monsiváis 2000a: 22-23).³ Ahora bien, el dispositivo de musealización, cuya función de invención de comunidades fue explorado por Anderson con respecto a las colonias asiáticas de Europa (Anderson 2005: 163ss.), se enfrenta en el contexto mexicano a profundas contradicciones.⁴ De modo que en los afanes por construir una República “casi de la nada” (Monsiváis 2000a: 25) descubrimos las aporías del proyecto mismo de *nation-building* a escala más general.

2.1 Construir la unidad: ordenar y liberalizar

“Ordenar y liberalizar”, el objetivo de los liberales, está deliberadamente en contra del principio imperial adoptado por los tradicionalistas, cuya fórmula, “ordenar y subordinar”, corresponde a la proyección del régimen de la Colonia, lúcidamente explorado por Ángel Rama en *La ciudad letrada* (1984), en el México independiente. Sin embargo, la tarea de los intelectuales es inmensa: justamente porque con el triunfo de la República se ansía poner en práctica, de golpe, todo lo soñado y pensado, se intenta un salto cultural notable (Monsiváis 2000a: 29), haciendo funcionar las herramientas imaginarias de la invención de la comunidad. Así, el Estado libre encuentra las mismas urgencias y adopta estrategias análogas a la construcción de naciones colonizadas, ya exploradas por Anderson. Análogamente, también se importan los confines de la comunidad. Los intelectuales liberales intentan identificar la patria para ubicar a los ciudadanos libres dentro

3 Carlos Monsiváis subraya las polaridades entre conservadores y liberales: “los conservadores ven en la Historia [hecha y escrita por los liberales] el intento malvado de resistir a las ordenanzas de Dios” (Monsiváis 2000a: 23).

4 Remito a Margo Glantz acerca de las contradicciones existentes en los escritos de los próceres liberales, con referencias a Altamirano (Glantz 2003).

de sus fronteras. Para el territorio mexicano urge, pues, fundar una unidad psíquica, la patria, que pueda asegurar la lealtad de los ciudadanos. Debido a la heterogeneidad de su población, la invención de la unidad es una tarea difícil. Para su solución, los esfuerzos de los próceres se concentran en el fomento de la literatura como medio de unificación y civilización. Se debe constituir un público (Monsiváis 2000a: 44), definir al mexicano y educarlo, fomentar el saber y la cultura en las capas populares, propagar la igualdad de todos y la libertad de prensa. El tema de la nación atraviesa, por tanto, la literatura, impactando en la historiografía y musealizando las artes visuales. Cómo construir el país, qué elementos conforman la identidad mexicana, cuál es el significado de la independencia nacional, cómo acabar con la discordia y conflictos internos, qué hacer para formar a los ciudadanos, cuáles son los instrumentos para que arraiguen los valores republicanos, fueron las preguntas corrientes del “nacionalismo literario”. El Romanticismo fue el telón de fondo sobre el que se forjó la producción de un imaginario que, como en el caso de las naciones europeas, contribuyó a la invención de la nación mexicana.

El objetivo de ordenar y liberalizar es aporético y adolece de las siguientes contradicciones:

Disyuntiva n° 1: laicización y espíritu misionero del nation-building en México

A pesar de su definición laica, para asegurar la lealtad de los ciudadanos hacia la concepción abstracta del Estado, la nación debe adquirir un sentido religioso. La sacralización del “altar de la patria” sirve justamente para esa tarea de unificar. Varios escritos de los próceres mexicanos ritualizan la religión de la nación, tal como demuestra la siguiente cita, tomada a modo de ejemplo. Se trata de un artículo de Ignacio M. Altamirano, publicado el 19 de septiembre de 1870, escrito con ocasión del “Grito de Independencia” y dedicado a “Las fiestas patrióticas”:

[La] fiesta patriótica es la fiesta íntima de un pueblo, es el cumpleaños de toda una familia a quien dividen tal vez, en los otros días, disturbios domésticos [...]. Allí la presencia de un gobierno nacional, simpático para unos y odioso para otros, desaparece completamente ante una figura más grande. [...] ¡Sagrados y hermosos días estos, en que una nación no tiene más culto que el del patriotismo, y en que los lazos de la fraternidad unen

a todos los hombres en derredor de la divinidad nacional! (Altamirano 1987: 430).

Disyuntiva n° 2: educación de los lectores y construcción de “lectores niños”

La divulgación del ideario nacional se llevó a cabo por medio del género de la novela, privilegiado en la tarea de proporcionar “el medio en que la conciencia de una nación toma plena posesión de sí misma” (Justo Sierra, citado por Monsiváis (2000a: 31). Las preguntas a las que las novelas tienen que contestar son: a) cómo construir los lectores; b) cómo definir la cultura y la lengua mexicana tras las diferencias culturales; y c) dónde localizar el origen histórico de la nación. Después de la Reforma, el género de la novela parece haberse consolidado, teniendo como destinatario a un público relativamente amplio: la primera edición de *Calvario y Tabor* (1868) de Vicente Riva Palacio, por ejemplo, constaba de seis mil ejemplares y se agotó en un mes. Este hecho, complementado con el previsible préstamo de los cuadernillos a otras personas y con la práctica corriente de la lectura en voz alta, permite estimar que durante el primer año de circulación el libro fue conocido por más de treinta mil personas (Ortiz Monasterio 1994). Con el crecimiento de la industria de la imprenta, que de 1794 a 1865 aumenta en la Ciudad de México del 1 al 3%, si bien sería excesivo hablar de una masificación de la lectura, sí se puede pensar al menos en una diversificación de la cultura escrita, mujeres incluidas. En su artículo sobre “Ignacio M. Altamirano: los géneros de la nación”, Margo Glantz (2003) rastrea las contradicciones en las que se encuentra Altamirano, quien privilegia la novela como un género apropiado para la constitución de una “cultura nacional” en favor del “progreso intelectual y moral de los pueblos modernos” (Altamirano 1949: 29). Pues Altamirano favorece la novela para diseminar ideas y ofrecer lecturas al pueblo. La novela es, según él, el libro de las masas, destinada a abrir camino a las clases pobres. Tal como la canción popular, el periodismo y la tribuna, también la novela será un vínculo de unión con las masas, y acaso el más fuerte (Altamirano 1949: 39-40). El amor por el pueblo se transforma en paternalismo, y por ende en desprecio por la masa: siendo un arma de cohesión nacional y de educación, la novela es considerada un género menor y, como tal, tiene que ser amena, apta para “deleitar”. Es el medio para transmitir la pedago-

gía, mientras que la filosofía y otras disciplinas humanísticas más rigurosas se dirigen a los letrados, a los cultos. La novela hoy, sostiene Altamirano, “suele ocultar la biblia de un nuevo apóstol o el programa de una audaz revolución” (Altamirano 1949: 18). Es una escuela portátil, cuyo contenido laico es de espíritu misionero y religioso (Glantz 2003: 97). El paternalismo de Altamirano, evidente también en sus artículos costumbristas, que denuncian ya la marginación social de la población indígena en los barrios periféricos de la ciudad, es, al fin y al cabo, un desprecio hacia la capa social popular e indígena.⁵

Disyuntiva n° 3: creación de un “fondo común” de los mexicanos y diferencias étnicas, culturales y lingüísticas.

La mayor preocupación auroral del Estado incipiente consiste, pues, en unificar la nación, es decir, en superar las diferencias ideológicas que acabamos de mencionar, así como las sociales, económicas y étnico-culturales. Las diferencias son un inmenso peligro para la formación del Estado, un diagnóstico que con respecto a toda América Latina, recién independizada, fue llevado a cabo lúcidamente por Bolívar en el “Discurso de Angostura” el 15 de febrero de 1819. Surge, así, una nueva pregunta: ¿en qué medida desintegraban las diferencias étnicas y culturales la igualdad que reunía a los miembros del Estado en una nación? (König 1998: 21).⁶ Ahora bien, es de sumo interés

5 Véanse a este propósito, por ejemplo, las crónicas de Altamirano. A pesar del intento, necesario, de llamar la atención de las instituciones modernizadoras hacia el “círculo negro” de los barrios pobres que rodean la ciudad (“Nosotros rogamos a todos, a economistas, a ediles, a médicos, a sociedades, a escritores, que piensen en la mejora”, Altamirano 1981a: 108), Altamirano relaciona de manera directa “los miserables de entonces” (los aztecas) con los indígenas de hoy: “los infelices que viven en aquellos lugares cenagosos” (Altamirano 1981b: 104). Es una articulación paternalista del discurso que según Monsiváis persiste también en la novela mexicana hasta los años cincuenta, cuando el mexicano Juan Rulfo o el cubano Cabrera Infante acaban con el ventrilocuismo paternalista de la voz “del pueblo”, visto como masa informe, no emancipada (Monsiváis 2000b: 32).

6 El discurso de la nación emerge con la proclamación del 6 de diciembre de 1810 por parte de Hidalgo, en Guadalajara, de los “Decretos en favor de indios y castas” (Hidalgo [1810] 1973). La paradoja en la que se encuentra la independencia política y la emancipación ideológica de América Latina es la continuidad cultural con España. El inventario hecho por España, que debía impulsar un mayor desarrollo económico de las colonias, puede ser considerado como punto de partida de la separación con la madre patria (König 1998: 16).

considerar la manera como los próceres liberales abordan las diferencias. En lo que concierne a las etnias, en la construcción nacional de Juárez, que logra establecer una conciencia nacional aglutinando a las fuerzas liberales contra el extranjero, la parte indígena de la población no está incluida. Para el constituyente de 1857, el indio es salvaje y tiene que integrarse a la civilización (Aguilar Camín 1993: 28). La integración del México regional y rural quiere decir desindianización. El compromiso entre el rechazo de la Colonia por parte de los ideólogos de la nación y el criollismo intrínseco del discurso nacional⁷ facilita una nueva infiltración subrepticia de métodos estatales colonialistas, enemigos de las culturas indígenas, consideradas como retrasadas. Altamirano, prócer político y literario de la República, ideólogo liberal y demócrata que con su nacionalismo extremo impuso su sello a la política cultural de la República, es un indio, como Juárez. Sin embargo, paradójicamente, su interés por las diferencias culturales es prácticamente inexistente. Con respecto al asunto de las diferencias, los liberales mexicanos retroceden ideológicamente cuando más difícil es, si bien más necesaria, la consolidación de la nación republicana, tras las luchas internas antes de fracasar la presidencia de Juárez en 1874. Si se comparan, pues, la posición de Altamirano y la de Francisco Pimentel acerca de la pluralidad de las tradiciones y las lenguas indígenas, salta a la vista la forma de proceder colonizadora de Altamirano, que desconoce el valor de las antiguas culturas precolombinas para la construcción de la nación y ve en ellas únicamente huellas arcaicas y objeto de interés sólo para la arqueología. Contrariamente al valor que Francisco Pimentel le otorga a las lenguas americanas,⁸ Altamirano lamenta que la extensión del idioma español no haya logrado que la raza indígena hable preferentemente el castellano, pues “la civilización habría ganado inmensamente, dando a la pobre raza indígena, con la lengua española, una clave mejor para penetrar los secretos de la

7 El criollismo es el compromiso entre el colonialismo abierto de los tradicionalistas y el antagonismo del liberalismo, es decir, la reforma liberal, modernizadora, que quería descolonizar y desindigenizar a las comunidades indígenas (Borsò 1998). El constituyente de 1822 había pedido que no se mencionara más a la raza indígena en los actos públicos.

8 En su *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México, o tratado de filología mexicana* (1874), en el que Pimentel trata las literaturas en lenguas indígenas, se combinan un discurso eurocéntrico y el reconocimiento del valor de la pluralidad de las lenguas indígenas.

cultura europea”.⁹ Mientras que Pimentel reconoce la existencia de una literatura indohispana, Altamirano, prócer del nacionalismo, funda una literatura nacional, supuestamente auténtica,¹⁰ sin los aportes de las lenguas nacionales.¹¹ Afirma Monsiváis a este respecto:

En su programa, los liberales no le hallan mayor sentido a la supervivencia de las culturas indígenas, propias, se declara, de mexicanos conquistados por las supersticiones y es conveniente que ejerzan, a través de la enseñanza, su condición civil (Monsiváis 2000a: 212).

Ahora bien, los liberales comparten el desinterés por las diferencias culturales con el imperialismo económico y cultural europeo de la segunda mitad del XIX, cuyo sustento es, a ambas orillas del océano, un positivismo realista y popular, como lo define Pedro Henríquez Ureña.¹² El positivismo popular y su incapacidad de reflexionar sobre el eurocentrismo de sus herramientas imperialistas acompaña también al liberalismo de los ideólogos de la nación.¹³ La imaginaria del imperialismo, el sistema simbólico de la colonización con pretensiones de

-
- 9 Altamirano, “Generalización del idioma castellano” (1981b: 77-78), cit. por Garza Cuarón (1992: 625). Dice Monsiváis: “Y en materia educativa, el gran problema, así Ramírez no lo ubique muy explícitamente, es la integración del indígena. En su programa los liberales no le hallan mayor sentido a la supervivencia de las culturas indígenas, propias” (Monsiváis 2000a: 212). Ignacio Ramírez también lamenta, de manera totalmente paternalista, la “niñez” intelectual de los indígenas: “para contar con ellos [los indígenas] como ciudadanos, hemos de comenzar por hacerlos hombres”, cit. por Monsiváis (2000a: 212).
 - 10 A pesar de su obsesión por que se creara en México una literatura verdaderamente nacional, con una épica propia, no menciona las lenguas indígenas, ni toma en cuenta los textos indígenas, las crónicas de la conquista, ni otras literaturas posteriores escritas en lenguas indígenas, que podrían haberle dado un carácter singular a la literatura mexicana (Garza Cuarón 1989: 624).
 - 11 Pimentel y Altamirano coinciden en el afán por la originalidad de la cultura en contra de la imitación. Mientras que la estética de Pimentel se basa en Hegel y Schlegel, la de Altamirano se apoya más bien en Herder.
 - 12 Véase “El positivismo independiente”, discurso de Henríquez Ureña pronunciado en 1909 en honor de Antonio Caso (Henríquez Ureña 1984b). Véase también su crítica del positivismo mexicano (1984b).
 - 13 Roger Bartra ve en la *Weltanschauung* de las universidades alemanas la legitimación del sojuzgamiento imperial de la periferia y la justificación del trabajo forzado de las razas subalternas (Bartra 1999: 3): “Negros, amarillos y cobrizos fueron el ‘combustible biológico’ de ultramar, que alimentó a distancia la segunda revolución industrial [...]. Las ‘razas de color’ fueron también las ‘máquinas animadas’ que hicieron posibles los lujos metropolitanos”, opina Bartra (1999: 4) con una cita de René Depestre (1985: 72). Es evidente que la sociología empírica del imperialismo legitima la buena conciencia de Europa.

cientificidad que somatiza las relaciones sociales¹⁴ es también la posición discursiva de los padres de la nación. El “imperialismo” cultural se manifiesta también en la novela de los liberales republicanos. Es un positivismo idealista, menos abierto y mitigado por una visión humanística y religiosa de los derechos humanos que corresponde a las necesidades ideológicas de los liberales mexicanos. Se establece en la novela una mezcla de exaltación romántica y positivismo liberal, una síntesis que Roger Bartra observa en gran parte de los rasgos del carácter nacional, descrito y exaltado por los intelectuales positivistas (Bartra 1987: 18). Las descripciones atribuyen rasgos típicamente étnicos a los personajes, y revelan además tratamientos racistas. En *El Zarco* de Altamirano, el monstruo más despreciable entre los bandidos infernales que constituyen el contexto de la historia es un mulato llamado El Tigre. El animalismo de su fisionomía y lo bárbaro de su apostura,¹⁵ así como la desindianización del herrero “bueno”, “el indio Nicolás”, hombre culto y criollo a pesar del color oscuro de su piel,¹⁶ no dejan dudas del colonialismo ideológico del narrador.

Disyuntiva n° 4: construcción de una identidad común e incertidumbre acerca del sentido de la historia

Como mostraron Benedict Anderson y Raymond Williams, la novela forja la formación de la identidad nacional, extrayendo de la historia

14 “El fetichismo de la epidermis es un hijo político del capital” (Depestre 1985: 72). Véanse además los trabajos de Brigida von Menz (1982), Roger Bartra (1987), así como los de Guillermo Bonfil Batalla (1990a; 1990b) y Agustín Basave Benítez (1992), por mencionar sólo algunos.

15 “Traía todavía su venda, que le cubría parte de la cara; pero dejaba ver su enorme boca, armada de dientes agudos y blancos, de los que sobresalían los dos colmillos superiores que parecían hendirle el labio inferior (Altamirano ¹⁶1984: 73).

16 La descripción empieza con rasgos étnicos indígenas y acaba desindianizando progresivamente a Nicolás: “Los ojos negros y dulces, su nariz aguileña, su boca grande, provista de una dentadura blanca y brillante, sus labios gruesos [...] daban un aspecto de algo melancólico, pero de fuerte y varonil al mismo tiempo. Se conocía que era un indio, pero no un indio abyecto y servil, sino un hombre culto, ennoblecido por el trabajo y que tenía conciencia de su fuerza y de su valor” (Altamirano ¹⁶1984: 11). Acerca del criollismo del “indio Nicolás”, véase también Monsiváis (2000a: 236). Martín Sánchez Chagollán, el campesino al que se “debó principalmente la extinción de esa plaga espantosa de bandidos que por años enteros asoló aquellas fértiles y ricas comarcas” (Altamirano ¹⁶1984: 78), se “purifica” igualmente de sus rasgos “indios” (p.ej., la nariz aguileña) por su elegancia de “leopardo” (Altamirano ¹⁶1984: 78).

eventos, fechas emblemáticas y ejemplos que transformen “la historia subyacente de la identidad que se quiere imprimir” (Williams 1984: 211). Después de la intervención francesa, invocada por los tradicionalistas, tras los antagonismos que siguen a la “reconquista” de la Independencia y con el salto a la República de 1867, el escenario histórico es heterogéneo. Encontrar el fondo histórico común es tan imposible como necesario para el establecimiento de la nación. De hecho, un florilegio de novelas históricas aparece inmediatamente después del “triunfo de la República” buscando una elaboración de la historia en favor de la constitución de la identidad nacional. Son historias maniqueas, como *El cerro de las campanas* (1868)¹⁷ de Juan A. Mateos. Mateos recorrerá todo un siglo de la historia de la nación, construyendo una continuidad entre la primera revolución (*Los insurgentes*, 1869) y la segunda (*El cerro de las campanas*, 1868), reservando para los insurgentes, los republicanos y la guerrilla popular, la categoría de héroes. En la ya mencionada *El cerro de las campanas*, las ambigüedades históricas quedan borradas por el maniqueísmo de los héroes de la nación republicana: el pueblo pagó con creces los costos de la invasión francesa; la Asamblea de los Notables, el clero católico y Napoleón III tienen la culpa de la invasión. Como en un juego de espejos, la novela de Mateos agranda la imagen de los Estados Unidos al presentarlos como la nación de la libertad y como celosa vigilante de la independencia latinoamericana. La costosa aventura napoleónica y el indispensable contrapeso de la potencia norteamericana cauterizaron temporalmente la herida de 1847. El expansionismo territorial de los Estados Unidos, su fe protestante y su ideología utilitarista no contaron ahora, porque los liberales mexicanos admiraban el sistema político estadounidense. La novela pasa por alto prácticamente todas las virtudes con las que antes se había vestido a Francia como nación católica, patria de la Ilustración, fiel a la balanza europea, alternativa civilizada al expansionismo bárbaro de los anglosajones. Francia es presentada ahora como una fuerza retardataria, que trata de obrar en un espacio geográfico que no le pertenece: en territorio ame-

17 Señalo, además, las novelas *El sol de mayo* (1868) y *Sacerdote y caudillo* (1868) de Juan A. Mateos, un escritor que, a pesar de ser un apasionado liberal, colaboró con el Imperio de Maximiliano, ocupando en 1865 el puesto de Secretario General del Ayuntamiento (cargo que ostentó, sin embargo, sólo pocos meses, pues al mismo tiempo defendía a la República en la prensa).

ricano. A Napoleón III le espera una condena moral e histórica: “él vivirá, pero su corazón atormentado, con su conciencia llena de remordimientos, sintiendo que aquellas víctimas [Maximiliano y Carlota] lo rodearán hasta su fin” (Mateos 1976: 423). El estribillo de “Adiós mamá Carlota”, el romance de Vicente Riva Palacio que estuvo en boca de los combatientes, se cita como himno al heroísmo de la resistencia. Sólo en la pareja imperial se muestra el lado humano, la precariedad de su situación y los claroscuros de su conducta: ellos también ocupan un sitio del lado de las víctimas.¹⁸

3. La paradoja de la escritura: crítica del nacionalismo y rescate de la cultura

La crítica que acabamos de presentar concierne a: a) la reducción melodramática y la pedagogía maniquea entre un mundo de buenos y malos, b) al colonialismo y hasta racismo de las definiciones, c) a la aporía y los conceptos de autenticidad de la nación mexicana. Ahora bien, a pesar de que la deconstrucción de la nación como invención de una comunidad imaginada sea necesaria y también sea conveniente verter luz sobre las aporías del proyecto histórico de la nación, el tema del *nation-building* requiere asimismo otra línea argumental. Pues la crítica llevada a cabo en lo anterior representa sólo una cara de la medalla. Quedarnos sólo con ésta sería desconocer el potencial cultural y las fuerzas transversales que, pese al imaginario nacionalista, abren camino a una productividad que hace que las diferencias sobrevivan. Pues, como práctica cultural en un momento de crisis, la novela abre “otros” espacios, espacios que permiten recuperar un impacto de “emancipación” a un nivel distinto de los principios eurocéntricos de modernización y *nation-building*. De hecho, en *Las herencias ocultas* Carlos Monsiváis explora, además de la forma de proceder mitificado-

18 Lo mismo se observa en *Calvario y Tabor* (1868-1869), la novela del general-escritor Riva Palacio. La trama histórica glorifica la lucha contra la intervención francesa. Mientras que los buenos se concentran exclusivamente en el bando republicano, utilizando metafóricamente la pasión de Cristo, se ve en el martirio del “pueblo” un paso obligado en la ruta de la resurrección. Después de penurias y sacrificios, finaliza una guerra en que se llega al éxtasis patriótico, avizorándose un futuro promisorio para los hijos de la República: “Aquel supremo instante de felicidad compensaba cinco años de penalidades, de sufrimientos, de dolores. Aquel era el momento sublime del Tabor; allí la patria bella, radiante, transfigurada, contemplaba su triunfo” (Riva Palacio ³1997: 522).

ra y socialmente excluyente del nacionalismo, también los elementos productivos de la utopía liberal. Me refiero, por ejemplo, al sentimiento religioso sin las deformaciones de la Iglesia, la redención de la mujer al humanizarse las tareas domésticas; la regeneración campesina “por el trabajo y la virtud” (Monsiváis 2000a: 238), y también a gérmenes críticos, con respecto por ejemplo al gran problema de la integración del indígena. Se debe, por tanto, buscar otro tipo de emancipación, más allá del concepto eurocéntrico de modernización, y a través de otras metodologías. Pero ¿cuáles? Analizando la *mise en parole*, esto es, el aspecto figurativo de los signos, el material denso y específico, la potencialidad del imaginario, sus modalidades de comunicación y representación. Con su movilidad y transculturación, la *mise en parole* pone en juego el colonialismo implícito de los discursos eurocéntricos y nos muestra los límites del fenómeno mismo de la emancipación.¹⁹ Regresemos, pues, a las novelas para examinarlas desde esta óptica.

En *El Zarco*, el nivel figurativo muestra rupturas y resistencias frente a la colonización del imaginario. Si bien el héroe bueno, el indio Nicolás, corresponde al ideal culto criollo, con el Zarco, bandido y personaje principal, y con su mundo “infernál” ingresa en la novela —tal como ocurre en las novelas de Zola— la expresión del erotismo y de las intensidades,²⁰ que emancipan al lector, porque lo distraen de la tarea de sacrificar sus deseos personales ante el altar de la patria y del

19 Serge Gruzinski refiere este principio al Barroco colonial. De hecho, con respecto al imaginario de la cultura novohispana, los padres misioneros, especialmente los franciscanos del siglo XVI, al fomentar el uso de los frescos religiosos y el culto cristológico y mariano en México, quisieron canalizar su percepción abstracta como procedimiento didáctico de rememoración de la redención por Cristo, sin lograrlo totalmente (Gruzinski 1992: 39). Pues, en la densidad de la representación, otras voces atraviesan el discurso del poder de manera transversal, no ortodoxa, abriendo el camino a resistencias subrepticias. Con un planteamiento análogo, desde los años noventa del siglo XX, los estudios sobre el Barroco revolucionaron considerablemente la visión de la cultura novohispana (cf. Borsò 2004a).

20 A modo de ejemplo: “Eran los goces del amor, pero no esos goces venales que le habían ofrecido las condescendencias pasajeras de las mujeres perdidas, sino lo que podía prometerle la pasión de una mujer hermosa, joven; de una clase social superior a la suya, y que lo amara sin reserva y sin condición” (Altamirano 1984: 26); “era un deseo sensual y salvaje, excitado hasta el frenesí por el encanto de la hermosura física y por los incentivos de la soberbia vencedora y de la vanidad vulgar” (Altamirano 1984: 27).

interés nacional. En lo que se refiere a la vulgarización de la narración en los temas melodramáticos de la novela de folletín cabe abandonar conceptos elitistas de “literatura” y poner en tela de juicio teorías relativas a los *mass media*. Monsiváis adopta dicha posición teórica y metodológica en varios ensayos. No solamente en *Aires de familia* (Monsiváis 2000b), en que escribe una historia de la literatura del siglo XX desde el punto de vista de la mediación popular, sino también en su estudio, ya citado, sobre la literatura que acompaña la fundación de la nación en el siglo XIX.²¹ La pretensión de Monsiváis es, sí, criticar las articulaciones paternalistas y nacionalistas del discurso de la nación, pero para posibilitar otros matices y otra mirada hacia la cultura decimonónica. Tenemos, pues, que desplazar nuestro punto de arranque: de Europa a América, de una visión a vista de pájaro a la del transeúnte en el medio de la *performance* material de las culturas.²² Afirma Monsiváis:

El desempeño de la novela de folletín es triple: rodear de atractivos inesperados a la alfabetización, ser ocasión de reuniones familiares, gremiales, vecinales; entretener mientras se politiza (y viceversa) (Monsiváis 2000a: 37).

Tal como en el caso de la telenovela de hoy en día, no importa tanto el tema cuanto el acto de comunicar, pues éste moviliza las energías personales y suscita una distracción en detrimento de la concentración en lo nacional.²³

Consideremos el último punto: la inautenticidad de lo individual y los elementos extranjerizantes que fundamentan la identidad nacional. Si se renuncia a la categoría, romántica y aporética, de la autenticidad, descubrimos que, aunque el individuo independiente y emancipado fracase en su anhelo de autenticidad, la demanda de una individualidad moderna es, no obstante, un factor de desconcierto para el poder absoluto de la tradición, eje del nacionalismo. Monsiváis demuestra la rentabilidad de semejante planteamiento paradójico que tiene en cuen-

21 Acerca *Aires de familia*, véase Borsò (2004c).

22 Véase mi análisis de la focalización en las *Crónicas* de Monsiváis (Borsò 2004b; 2004c), así como las propuestas teóricas de Michel de Certeau (1999) y Iain Chambers (1999).

23 El concepto de distracción y de producción cultural por medio de la diseminación de los sentidos expresa uno de los aspectos del concepto de *Zerstreuung* postulado por Walter Benjamin en su ensayo sobre “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica” (Benjamin 1978); véase Borsò (2004b).

ta la ambivalencia, es decir, tanto el colonialismo como las aperturas transversales del proyecto del *nation-building*.²⁴

Como sabemos, este proyecto no termina en el siglo XIX. Una metodología que implica, por un lado, la crítica del nacionalismo y de sus concepciones paternalistas y eurocéntricas de la emancipación y, por otro, el rescate de los recursos de la cultura popular, es decir, de conceptos performativos, no elitistas de la cultura, sigue siendo un planteamiento importante también para la exploración de épocas posteriores. Monsiváis adopta dicha metodología con respecto a la relación entre Altamirano y Mariano Azuela, prócer de la nueva fase de la emancipación mexicana, la Revolución. La postura de Azuela frente a Altamirano es, de hecho, interesante. Azuela hace de Altamirano el representante del *establishment* literario y del orden estatal nacionalista. El destino del Zarco, su ejecución final en favor de la reconstrucción del orden nacional, demuestra, según Azuela, la incapacidad de los intelectuales decimonónicos de concebir la rebelión radical como elemento revolucionario. Sin embargo, el problema es el idealismo revolucionario de Azuela, no la solución narrativa de Altamirano, sostiene Monsiváis. Por su idealismo, que retorna ahora en forma revolucionaria, Azuela no consigue reconocer en la solución literaria las huellas del imaginario de una época, un imaginario marcado por temores profundos que impulsan a la destrucción del enemigo (Monsiváis 2000a: 246). La crítica, en fin, de la “falta de lo ‘auténticamente nacional’ no demuestra la postura extranjerizante o la carencia de autonomía de Altamirano, sino más bien la persistencia de ideales nacionalistas en Azuela” (Monsiváis 2000a: 246).

Además del intelectual liberal que se consagra a la nación, cabe resaltar que Altamirano es sensible a la crítica del protagonismo y del culto a la personalidad, así como de la consecuente fe en las apariencias inmediatas. En la República Restaurada y también en el porfiriato, Altamirano ve crecer el amor por las apariencias y el culto a las

24 La doble mirada de Monsiváis, es decir, la crítica del poder y el rescate de la potencialidad de la cultura, obedece a la teoría postmarxista del poder (Antonio Gramsci, Guy Debord, así como Raymond Williams son las referencias de Monsiváis). La formulación más influyente de la paradoja del poder se encuentra en los últimos escritos de Michel Foucault. Acerca del concepto de “cultura popular” de Monsiváis y las resistencias transversales de Michel Foucault, véase Borsò (2004c).

personalidades, casi siempre falsas y pomposas (Monsiváis 2002a: 235). Y aquí llegamos al último punto: el indudable alcance de los textos en la densidad de la escritura. Ya en el nivel figurativo de *Clemencia* (1869), la primera novela de Altamirano y, según varios comentaristas, acaso la mejor, se denuncian la ceguera y las ilusiones “culturales” y “morales” de los republicanos durante la guerra contra la intervención francesa – el mito fundador de la nación republicana. Mientras que separa el mundo en buenos (republicanos) y malos (franceses), tal como hemos observado en las otras novelas, *Clemencia* pone también en escena el engaño de la “buena” apariencia republicana. En esta novela corta, Altamirano se aprovecha del impacto crítico de la ironía romántica, mostrándose buen lector del primer Romanticismo alemán. De hecho, el marco de la novela recoge dos citas de E. T. A. Hoffmann,²⁵ cuya crítica de la exaltación romántica y cuyo humorismo denuncian la discrepancia entre ser y aparecer, entre lo visionario y lo real. En *Clemencia*, la referencia al engaño y al desengaño enmarca la trama del relato acerca de la guerra fratricida durante la intervención francesa: “Estábamos a fines del año 1863, año desgraciado en que, como ustedes recordarán, ocupó el ejército francés a México” (Altamirano ¹³1986: 4). El desengaño frente a la fácil dicotomía entre amigos y enemigos, la ceguera frente a las apariencias de amigos y enemigos, de fieles y traidores, es el aspecto clave de la peripecia del relato. Altamirano muestra asimismo la fragilidad y la ambigüedad del realismo o costumbrismo utópico y maniqueísta de la “independencia repristinada” – un escepticismo encubierto por el éxtasis patriótico de los demás relatos. Y serán los ensayos y el periodismo de los liberales de la República Restaurada, a la que Cosío Villegas denomina “una dictatura”, si bien mejor que la tiranía del porfiriato (período con el que, sin embargo, comparte tendencias), los que darán voz al desencanto. Cosío Villegas menciona a modo de ejemplo el pesimismo, aunque transitorio, de hombres como Vigil y Payno y sobre todo Vicente Riva Palacio en sus ensayos *Los cerros* (1996). Riva Palacio, literato de la República, lamenta los rencores personales y sobre todo traza una pintura sombría de la situación:

25 Altamirano es un admirador de la filosofía y literatura alemanas. En 1870 publica en *El Siglo XIX* “Servicio de Alemania a la humanidad”, intercalando algunas traducciones para ilustrar sus ideas (véase Millán 1984: XVI).

Y el comercio, y la industria, y la agricultura resienten el mal, y la miseria y la desmoralización cunden, y la política es todo y la administración nada, y cada día que pasa trae un nuevo desengaño, y borra una flor del cuadro que se pintaba la República en julio de 1872 (citado en Cosío Villegas 1973: 309).

La exaltación de la patria libre no es más que la compensación de la experiencia de su deterioro.

A pesar de las voces críticas liberales que acabamos de rescatar, el mito de la República instaurada con la Constitución de 1857 y restaurada en 1867 siguió siendo el punto de arranque de la conciencia histórica de México. Porfiristas y revolucionarios se consideraron ambos herederos y continuadores de la Constitución y de las Leyes de la Reforma, como postula Octavio Paz en referencia a Cosío Villegas:

La razón salta a la vista: los tres proyectos —el liberal, el positivista y el revolucionario— son variantes de la misma idea. Los une el mismo propósito y los anima la misma voluntad: convertir a México en una nación moderna (Paz 1987c: 352).²⁶

A la vista de los discursos oficiales de la nación mexicana, el enfoque acerca de la escritura del *nation-building*, que busca tanto la deconstrucción del nacionalismo como el rescate de la cultura, todavía está esperando una labor de sistematización.

4. Edmundo O’Gorman y la genealogía aporética de la nación mexicana

Si el proyecto liberal pareció desembocar en el “triunfo de la República” es porque la intervención extranjera, tras la guerra civil endémica entre republicanos y monárquicos, logró acabar con el Partido Conservador y con la herencia colonial. La monarquía concluyó; sin embargo, su espectro perduró, bajo la máscara de la dictadura de Porfirio Díaz o del monopolio del poder por parte del PRI (Paz 1987d: 385-386).²⁷ El discurso histórico oficial de la nación mexicana hizo del Segundo Imperio el mito de una fase imperialista que interrumpe la

26 Según la lectura que Paz hace de Cosío Villegas, la disparidad o contradicción entre las estructuras económicas, sociales y políticas que todavía perdura a lo largo del siglo XX se debe no solamente al fracaso de los “científicos” porfiristas o de los tecnócratas del régimen postrevolucionario sino también a la bancarrota del proyecto liberal (Paz 1987c: 352).

27 “La segunda mitad del siglo [XIX] inauguró una situación que, *mutato nomine*, es la nuestra” (Paz 1987d: 385).

historia gloriosa del devenir de la nación. Edmundo O’Gorman demuestra, en cambio, que esta fase de la historia no es la desviación extranjerizante de la historia nacional, y menos aún “el torvo producto de una infame minoría de dementes” (O’Gorman 1969: 75), sino que es más bien el fantasma de la conciencia histórica de México, cuya realidad tiene que ser tomada en serio (O’Gorman 1969: 76).²⁸ Desmontado el heroísmo, lo único que queda del “triumfo de la República” de Juárez es una admirable memoria de anhelos y el documento de la derrota política del partido monárquico-conservador, que llamó a los franceses para fundar el México Independiente sobre las huellas de la herencia novohispana. En este sentido, y solamente en esto, opina O’Gorman, tuvo razón Juárez con la frase central pronunciada en el manifiesto de “El triunfo de la República” con motivo de su entrada triunfal en la Ciudad de México el 15 de julio de 1867, es decir, la independencia nacional fue consumada “por segunda vez” (O’Gorman 1969: 84-85).²⁹ Sin embargo, lo que pone también de relieve la glorificación del triunfo de la República es que esta segunda independencia no fue ganada contra el extranjero sino contra el poder de un régimen y un gobierno mexicanos. La génesis de la nación mexicana como república triunfante es la génesis traumática sobre un enemigo interno, que quedará vivo como el fantasma amenazante del colonialismo interior. De hecho, la fase de compensación del trauma de una unidad nacional inexistente ha sido persistente también en el siglo XX y requiere por lo tanto una seria crítica.³⁰

28 En contra de los mitos nacionales, O’Gorman pone de relieve el hecho de que la resistencia del gobierno constitucional queda reducida a la miseria de una oposición sin oponente, y “el mayor timbre de gloria de don Benito Juárez a la de un caballero vencedor de un rebaño. El Segundo Imperio, lo acabamos de afirmar, no es parte ya de la solución del tradicionalismo conservador, aunque derivó de ella; es, en cambio, nada menos que la condición de posibilidad de la victoria republicana [...]. Sin la primera, la segunda queda vacía de su razón misma de ser” (O’Gorman 1969: 77).

29 Con respecto al Primer Imperio de Iturbide, O’Gorman señala que demostró el fracaso del ensayo laboral del monarquismo mexicano, “mientras que en el otro se revela el fracaso de su última posibilidad” (O’Gorman 1969: 86).

30 Menciono a modo de ejemplo el artículo “México 1995: la cultura en crisis” de Jorge Hernández Campos (1996). Refiriéndose en particular a Chiapas, al subcomandante Marcos y al obispo Samuel Ruíz, Hernández Campos vio en la raíz histórica del indigenismo al responsable de haber destruido la herencia “civilizadora” en la que se reconoce el modelo de Juárez: “Cuando por fin triunfan los liberales sobre los conservadores y [sobre] el imperio de Maximiliano de Habsbur-

Si bien el nacionalismo mexicano está todavía encerrado en las aporías del proyecto del *nation-building* decimonónico, cabe igualmente observar, como hemos podido comprobar, que un discurso crítico que está hoy en la vanguardia de las teorías culturales acompaña a la nación desde el comienzo.³¹

Bibliografía

- Aguilar Camín, Héctor (1993): *Subversiones silenciosas*. México, D.F.: Aguilar.
- Altamirano, Ignacio Manuel (1949): *La literatura nacional*. México, D.F.: Porrúa.
- (1981a): “Una visita a la Candelaria de los Patos”. En: Monsiváis, Carlos: *A ustedes les consta*. México, D.F.: Era, pp. 104-108.
- (1981b): “Generalización del idioma castellano”. En: *Antología*. Selección y prólogo de Nicole Giron. México, D.F.: UNAM, pp. 77-79.
- (¹⁶1984): *El Zarco y La Navidad en las Montañas*. Introducción de María del Carmen Millán. México, D.F.: Porrúa.
- (¹³1986): *Clemencia. Cuentos de invierno*. México, D.F.: Porrúa.
- (²1987): “Crónicas”. En: *Obras completas*, VIII. Prólogo y notas de Carlos Monsiváis. México, D.F.: Secretaría de Educación Pública.
- Anderson, Benedict (1993): *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- (2005): *Die Erfindung der Nation. Zur Karriere eines folgenreichen Konzepts*. Frankfurt am Main/New York: Campus.

go y restauran la república, los mestizos se han metamorfoseado. Su victoria es más que la afirmación de un sujeto histórico nuevo; es la aparición de un ser humano, el mexicano, ansioso de incrustarse en el horizonte de lo universal” (10-11). El mestizaje resuelve las contradicciones, se distingue por la fuerza “integradora” de “la inteligencia mestiza”, encarnada en la nación, obra del intelecto ilustrado. El argumento implícito de Hernández Campos es la evaluación histórica de los acontecimientos del 1º de enero de 1994 en Chiapas. Las revueltas de Chiapas son, a su entender, el resultado de la fórmula del *México profundo* de Bonfil Batalla (1987), que, dejando los límites del libro, fue adoptada y usada demagógicamente por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional y por un obispo “militante y ambicioso” que no quiere integrar a los indios sino “indianizar a México” (Hernández Campos 1996: 25). Este programa significa una “embestida contra la cultura”, la destrucción de la República, de la herencia ilustrada (Hernández Campos 1996: 28). Para una crítica de este tipo de posiciones, vease Borsò (1999).

31 Me refiero, entre otros, también al número de *Fractal*, coordinado por Ilán Semo (2006), que con el título *La memoria dividida* enfoca la paradoja de la memoria nacional, un concepto que dicha publicación deconstruye en favor de las experiencias múltiples de la nación.

- Bartra, Roger (1987): *La jaula de la melancolía: identidad y metamorfosis del mexicano*. México, D.F.: Grijalbo.
- (1999): *La sangre y la tinta. Ensayos sobre la condición postmexicana*. México, D.F.: Océano.
- Basave Benítez, Agustín (1992): *México mestizo. Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Benjamin, Walter (1978): “Das Kunstwerk im Zeitalter seiner technischen Reproduzierbarkeit”. En: Benjamin, Walter: *Gesammelte Schriften*, I, 2. Ed. de Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser, en colaboración con Theodor W. Adorno y Gershom Scholem. Frankfurt am Main: Suhrkamp, pp. 471-508.
- Bonfil Batalla, Guillermo (1987): *México profundo. Una civilización negada*. México, D.F.: Secretaría de Educación Pública-CIESAS.
- Bonfil Batalla, Guillermo (1990a): “Desde el indigenismo de la revolución a la antropología crítica”. En: *Latinoamérica*, 37-38, pp. 97-100.
- (1990b): “Aculturación e indigenismo”. En: Alcina Franch, José (ed.): *Indianismo e indigenismo en América*. Madrid: Alianza Editorial.
- Borsò, Vittoria (1998): “Barroco, criollismo y la formación de la conciencia nacional. Reflexiones sobre el Perú y México”. En: Janik, Dieter (ed.): *La literatura en la formación de los Estados hispanoamericanos (1800 -1860)*. Madrid: Iberoamericana/Frankfurt am Main: Vervuert, pp. 143-177.
- (1999): “Mexiko jenseits der Einsamkeit – Perspektiven vor und nach Tlatelolco (1. Teil)”. En: *Matices. Zeitschrift zu Lateinamerika, Spanien und Portugal*, 6, 21, pp. 70-74.
- (2004a): “Del barroco colonial al neobarroco”. En: Aullón de Haro, Pedro (ed.): *Barroco*. Madrid: Editorial Verbum, pp. 1003-1060.
- (2004b): “La ‘performance’ del espacio como perspectiva de futuro: topografías culturales ‘entre’ América Latina y Europa”. En: Steckbauer, Sonja M./Maihold, Günther (eds.): *Literatura – Historia – Política. Articulando las relaciones entre Europa y América Latina*. Madrid: Iberoamericana/Frankfurt am Main: Vervuert, pp. 303-322.
- (2004c): “Fronteras del poder y umbrales corporales. Sobre el poder performativo de lo popular en la literatura y la cultura de masas de México (Rulfo, Monsiváis, Poniatowska)”. En: *Iberoamericana. América Latina – España – Portugal*, 16, pp. 87-106.
- Cardoso, Fernando Henrique/Faletto, Enzo (1968): *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*. México, D.F.: Siglo XXI.
- Certeau, Michel de (1999): “Die Kunst des Handelns: Gehen in der Stadt”. En: Hörning, Karl H. (ed.): *Widerständige Kulturen: Cultural Studies als Herausforderung*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, pp. 264-291.
- Chambers, Iain (1999): “Städte ohne Stadtplan”. En: Hörning, Karl H. (ed.): *Widerständige Kulturen: Cultural Studies als Herausforderung*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, pp. 514-543.
- Cosío Villegas, Daniel (1973): “Cavilación sobre la paz”. En: Matute, Álvaro (ed.): *México en el siglo XIX. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*. Méxi-

- co, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, pp. 300-316.
- Depestre, René (1985): *Buenos días y adiós a la negritud*. La Habana: Casa de las Américas.
- Deutsch, Karl W./Foltz, William J. (1963): *Nation-Building*. New York: Atherton.
- Garza Cuarón, Beatriz (1992). "Francisco Pimentel, precursor de las historias de la literatura mexicana". En: Vilanda, Antonio (ed.): *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (Barcelona, 21-26 de agosto de 1989)*, IV. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias, pp. 617-626.
- Glantz, Margo (2003): "Ignacio M. Altamirano: los géneros de la nación". En: *Fractal*, 31, pp. 95-105.
- Gruzinski, Serge (1992): "Colonisation et guerre des images dans le Mexique colonial (XVI^e – XVIII^e siècle)". En: *Regards Sociologiques*, 4, pp. 37-53.
- Henríquez Ureña, Pedro (1984a): "Barreda". En: Henríquez Ureña, Pedro: *Estudios mexicanos*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, pp. 221-223.
- (1984b): "El positivismo independiente". En: Henríquez Ureña, Pedro: *Estudios mexicanos*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, pp. 238-248.
- Hernández Campos, Jorge (1996): "México 1995: la cultura en crisis". En: Gutiérrez Vega, Hugo (ed.): *Cuadernos Hispanoamericanos*, 549-550, pp. 7-32. Monográfico sobre *La cultura mexicana actual*.
- Hidalgo, Miguel ([1810] 1973): "Decretos en favor de indios y castas". En: Matute, Álvaro (ed.): *México en el siglo XIX. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, pp. 78-79.
- Hobsbawm, Eric J. (1991): *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Hosiner, Christian (2003): *Erfolgbestimmende Faktoren für das Nation-Building durch die UNO nach dem Kalten Krieg*. Wien: Tesina.
- Juárez, Benito ([1867] 1973): "El triunfo de la República". En: Matute, Álvaro (ed.): *México en el siglo XIX. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*. México, D.F.: UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, pp. 531-534.
- König, Hans-Joachim (1998): "Los movimientos de la Independencia hispanoamericanos. Actores y programas". En: Janik, Dieter (ed.): *La literatura en la formación de los Estados hispanoamericanos (1800-1860)*. Madrid: Iberoamericana/Frankfurt am Main: Vervuert, pp. 9-34.
- Mateos, Juan A. (1976): *El cerro de las campanas. Memorias de un guerrillero*. Prólogo de Clementina Díaz y de Ovando. México, D.F.: Conaculta.
- Menz, Brigida von (1982): *Los pioneros del imperialismo alemán en México*. México, D.F.: Casa Chata.
- Millán, María del Carmen (1984): "Introducción. Las novelas de Altamirano". En: Altamirano, Ignacio M.: *El Zarco y La Navidad en las Montañas*. México, D.F.: Porrúa, pp. IX-XXV.
- Monsiváis, Carlos (2000a): *Las herencias ocultas del pensamiento liberal del siglo XIX*. México, D.F.: Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América.

- (2000b): *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*. Barcelona: Anagrama.
- Nohlen, Dieter (1980): *Lexikon Dritte Welt*. Baden-Baden: Signal.
- O'Gorman, Edmundo (1969): *La supervivencia política novohispana*. México, D.F.: Centro de Estudios de Historia de México-Fundación Cultural de Condumex.
- Ortiz Monasterio, José (1994): *Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*. México, D.F.: Universidad Iberoamericana-Instituto de Investigaciones José María Luis Mora.
- Paz, Octavio (1987a): "El reino de Nueva España". En: Paz, Octavio/Schneider, Luis Mario (eds.): *México en la obra de Octavio Paz, I: el peregrino en su patria. Historia y política de México*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, pp. 119-175.
- (1987b): "De la Independencia a la Revolución". En: Paz, Octavio/Schneider, Luis Mario (eds.): *México en la obra de Octavio Paz, I: el peregrino en su patria. Historia y política de México*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, pp. 189-223.
- (1987c): "Las ilusiones y las convicciones (Daniel Cosío Villegas)". En: Paz, Octavio/Schneider, Luis Mario (eds.): *México en la obra de Octavio Paz, I: el peregrino en su patria. Historia y política de México*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, pp. 339-359.
- (1987d): "Hora cumplida (1929-1985)". En: Paz, Octavio/Schneider, Luis Mario (eds.): *México en la obra de Octavio Paz, I: el peregrino en su patria. Historia y política de México*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, pp. 384-402.
- Rama, Ángel (1984): *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.
- Riva Palacio, Vicente (1996): *Los cerros*. Ed. de José Ortiz Monasterio. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México/Conaculta/Instituto Mexiquense de Cultura/Instituto de Investigaciones José María Luis Mora.
- (³1997): *Calvario y Tabor (novela histórica y de costumbres)*. Coordinación de José Ortiz Monasterio, prólogo de Vicente Quirarte. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México/Conaculta/Instituto Mexiquense de Cultura/Instituto de Investigaciones José María Luis Mora.
- Semo, Ilán (ed.) (2006): *La memoria dividida*. México, D.F.: Fractal-Conaculta.
- Williams, Raymond (1984): *Hacia el año 2000*. Barcelona: Crítica.